Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

NOVELAS

La Calandria.---Angelina.

Cuentos y Notas

EN PREPARACION:

La Apostasía del P. Arteaga.

ALMAS TRISTES.

RAFAEL DELGADO

Queda asegurada conforme á la ley
la propiedad de esta obra.

283028

LOS PARIENTES RICOS.

AL SEÑOR DON

FRANCISCO SOSA.

Su amigo que mucho le quiere.

EL AUTOR.

PROLOGO.

Aquí tienes, lector amable—para tu recreo y solaz—este nuevo libro que de buena gana ofrezco á tu benévola curiosidad, con deseo vivísimo de conseguir que sus desaliñadas páginas te den apacible entretenimiento y grata diversión.

Júrote por quien eres, no por quien soy, que desde ahora me someto á tu fallo, por adverso que me sea; que desde hoy agradezco tus elogios y me pago de tu aplauso, si aplauso y elogios tuvieres para mí; que respetuoso y humilde acataré tus juicios, siempre muy atinados y discretos, por contrarios que me fueren, y te prometo para otra ocasión enmendarme y corregirme, si en algo ó en mucho me corriges y enmiendas, pues no soy pecador empeder-

que, á decirte verdad, le tengo por sobrehumano é imposible.

Plázcate mi novela de "Los Parientes Ricos;" que ellos te dejen convidado para leer otro librito que tengo en cañamazo, "La Apostasía del P. Arteaga;" y que Dios te bendiga, y á mí me guarde de aquellos "sotiles y almidonados" de quienes, con ser quien era y valiendo tanto como valía, se mostraba tan receloso mi señor y maestro don Miguel de Cervantes Saavedra.

Pluviosilla á 29 de mayo de 1901.

RAFAEL DELGADO.

—Me parece que esas gentes llegaron ya.

Oíanse en el zaguán voces femeniles.

El Canónigo y su compañero guardaron silencio. El clérigo se mecía dulcemente en su sillón; don Cosme se preparaba á encender un purillo recortado, cuya aspereza y cuya palidez denunciaban la mala clase del artículo y lo burdo de la hechura. El viejo inclinado hacia el lado derecho, en busca de la luz que entraba por la ventana, revolvía el cigarro entre los sarmentosos dedos, sin dar con la espira que indicaba la torcedura de la hoja, sin acertar con la línea de la pecosa capa.

Dos lindas jóvenes, una alta y rubia, la otra baja y morena, sencilla y elegantemente vestidas, pasaron por el corredor hacia las habitaciones interiores. La segunda se apoyaba en el brazo de su compañera.

Tras ellas apareció doña Dolores, la cual entró en la sala.

la colina de la Sauceda! ¡Qué limpio y azul el cielo de Pluviosilla! ¡Qué ardiente el celaje! ¡Qué nubes aquellas que parecían inmóviles sobre la cima dorada del Citlaltépetl!

él, que al saltar Juan del tren no encuent
tus brazos extendidos para recibirle.

—Padre mío..... ¡qué dirá la gent
¡Qué dirá Pluviosilla, informada como
estado, y como estará, de todo lo pasad

—No te importe á tí lo que diga el mu
do. ¡Bueno es el mundo para decir, cua
do siempre dice cosas malas!

—Pero, señor....

—¡Nada de peros! Piensa en tus d
beres de madre.

—Padre; pienso y creo....

—Oigamos: ¿qué piensas y qué crees?

—Que vd. es el autor de todo esto; qu
vd., amigo de Ramón, y amigo que no
quiere y estima, compadecido de nosotro
de nuestras penas, ha venido preparand
sabedor de nuestras desgracias y condolid
esta entrevista, de la cual espera vd. obt
ner para nosotros el favor y el auxilio d
mi cuñado....

—¡Mucho te engañas, alma de Dios
¡Mucho te engañas! Yo deseo para usted
todo bien, y mucho me agradaría hacer
haber hecho cuanto has pensado de mi an
tigua y sincera amistad; pero, puedes est
segura de ello, no tienes en esto nada qu
agradecerme! Juan desea verte.. .. .
Ya me oíste leer el mensaje y ya sabes
que dice en él....

—Bien, padre mío! ¡Lo que vd. guste
lo que vd. quiera!.... Iré con mis hijos
con Margarita.... pero á condición de qu

ellos vendrán á esta casa. Lamento no poder recibirlos en ella como en mejores tiempos.

—Vendrán, hija mía, vendrán.... Pasado mañana diré en Santa Marta una misa de difuntos (así me lo ha encargado mi tocayo) por el descanso eterno de sus padres, y por el reposo santo de tu marido. Esa misa será, á la vez, como una misa de perdón. ¡Ea! Olvidar.... perdonar, y que Dios bendiga á todos por los siglos de los siglos!

Obscurecía.... La campana de la Parroquia dió el toque de oración. Levantóse el clérigo, levantóse la señora y rezaron devotamente.

—Santas y buenas noches, Lolita!

—¡Buenas noches!

Entonces entró Filomena y puso en el velador central una lámpara encendida.

—Te ruego,—dijo el Doctor—que mañana no falten tus hijos.... Bien harías en recomendarles que hoy mismo me busquen en el Hotel. Los espero á las nueve. Ya sabes: en el Hotel de Diligencias.

traía en sus alas ni ruido de frondas ni rumores del inmediato río.

Extasiábase el clérigo ante las pompas de aquella noche tropical, y fijos los ojos en el firmamento, dejaba que su espíritu vagara y se perdiera en las inmensidades del cielo. De pronto, como si falto de fuerzas hubiese caído en tierra, exclamó con solemnidad beatífica:

—"Coeli enarrant gloriam Dei!"..... Amigo mío:—agregó—y que haya hombres que sean osados á negar la existencia de Dios!

Y prosiguió en tono elocuente, como si hablara desde lo alto del púlpito en la soberbia catedral metropolitana:

—¿Quién tendió por los espacios esa cohorte de luceros? ¿Quién los distribuyó en ese piélago? ¿Quién los creó con peso y medida, y midió sus órbitas, les señaló invariable camino, regularizó su marcha, y encendió sus fuegos, y les dió brillos y colores?

Llamaron en la puerta de la habitación, llamaron al principio tímidamente, y después con dos toques más fuertes ¡tan, tan!

—¡Adentro!—dijo don Cosme—¡Adentro!

Abrióse la puerta, y bajo el dintel aparecieron dos jóvenes.

—¡Adelante, caballeritos!—dijo el clérigo.—¡Sean ustedes bien venidos!

huracán de fuego. De cuando en cuando, un tranvía que llegaba de los pueblos próximos ó de alguna fábrica y del cual descendían obreros cansados, empleadillos de poco sueldo que volvían á sus hogares; muchos extranjeros flemáticos, altivos, con aire de conquistadores silenciosos, y algunas humildes mujeres que se alejaban cargando su cría.

Estas tomaban camino por las calles inmediatas; los otros entraban en la cantina frontera, ó en otra su vecina, en "El Cometa de Plata," de la cual salían voces y carcajadas, y de tiempo en tiempo el ruido que al chocar producían las bolas del billar.

—Vea vd., señor Doctor!—decía Ramón, señalando hacia el frente, mostrando el paisaje velado por los crespones obscuros de la noche,—allá, tras aquellas montañas, está la hacienda de Mata-Espesa, y más allá, quedan Villaverde y la hacienda que fué del hermano de vd.; en el fondo, tras las últimas cumbres, está Xochiapan, un pueblo muy bonito, del cual fué cura el P. González, que ahora es nuestro párroco; allí queda la primera fábrica que tuvo Pluviosilla; más acá, al Este, la Estación del Mexicano.... ¿Percibe vd. el humo, que tras la espesura de esos árboles, iluminado por la luz eléctrica, parece una fosforescencia misteriosa? Oiga vd.... oiga vd. ese rui-

VI.

la la noche sopló el Sur, y sopló
le é impetuoso, de modo inesperado
as de mayo, y como sopla en noviem-
pasado el cordonazo de San Fran-
. Bufaba en las avenidas, ahullaba
s techos, gemía en los aleros y tejados,
recía vocear allá á lo lejos en barran-
r bosques, en los fresnos y en los ála-
del río, y lanzaba agudos silbidos en
lambres del alumbrado y del telégrafo

cia las inmensas montañas que limitan
el Sud la vega del Albano. El cielo ser
jaba brillante turquesa; la luz inunda
el caserío y los cuadros de caña zaca
na. El sol, esplendoroso y purpúreo, s
gía inmenso, como un disco de rubí, cu
luz inundaba de sangre las cumbres
Mata-Espesa, los llanos de San Pablo
Río, y los cafetales de Fuentelimpia.
viento desatado alzaba nubes de polvo
las calles, levantaba faldas y arrebata
sombreros á los transeuntes, y pasaba a
tando y quebrantando ramas, esparcien
frondas, doblegando copas, y derrama
do por todas partes sequedad y fuego.
seguía por el valle, rumbo al Poniente,
á las veces escalaba las montañas. En
colina del Recental revolvía, en oleadas,
mil espigas de salvajes gramíneas; y p
el selvoso San Cristóbal maltrataba ram
jes y deshojaba ramilletes. En un huer
cercano, entre los platanares hechos triz
entre los sauces estropeados, sólo una ara
caria excelsa, gallarda y olímpica, resis
los embates del huracán, siempre victori
so, ilesa su pértiga esbeltísima, galanas é i
tactas sus plumas de esmeralda.

Llamaban a misa en todos los templ
La devota Pluviosilla no desmentía su ab
lengo cristiano, y era maravillosa la sinf
nía de todos los campanarios, traída
alas del caluroso viento. La campanita

sas, era como su primo y tocayo de V
llaverde, aquel otro don Cosme Linar
á quien ya conocerán mis lectores, tert
lio constante del licenciado Castro Pére
y tan amigo de éste como de don Qui
tín Porras, flor de los tabeliones villave
dinos. "Bien se ve,—decía para sus ade
tros el anciano—que en la casa de est
mujeres no es el dinero lo que abunda. E
vestidillo galano ha costado poco; ese sor
brerillo ha sido hecho á domicilio; e
cuello de seda está marchito.... Cuanto
la señora, es patente que ese vestido tie
años de servirle; esos guantes están
ciendo á gritos cosas de mejores días..
Y, en fin, que, positivamente, esa familia
venido tan á menos, que pronto tendr
en casa mala huéspeda, la miseria, la horr
rosa miseria, flaca, hambrienta y exa
giie. Pero, no han perdido aun estas p
bres gentes la elegancia distinguida de l
personas de buena cuna, nacidas y cr
das en la abundancia! Y ese muchac
viste bien.... Sí, señor muy bien; pero
tela de ese traje.... procede de alguna
brica del país. A todo tirar de la Ensena
de todos Santos...."

Entregado á estas observaciones y á est
juicios estaba nuestro hombre, cuando E
moncito entró en el vagón precipitadame
te, diciendo:

gris; sonó la campana de aviso, y el tren llegó, y se detuvo.

Nuestros personajes se precipitaron hacia el último coche. En la puerta del vagón venían dos criados franceses. Cada uno traía magníficos ramos de gardenias. Por el ventanillo inmediato á la extremidad posterior del coche, asomaba un caballero delgado y canoso, cubierta la cabeza con una gorra de seda; en los siguientes, dos jóvenes que llevaban sombreros de paja; en el otro una señora mayor y una señorita....

—¡Ellos son!—gritó uno de los jóvenes.
—¡Papá! ¡Aquí están!

Los criados, muy ceremoniosos, abrieron la puerta del vagón y en él entraron las señoras y el canónigo, seguidos de Ramoncito y de don Cosme.

criado—un vaso de cerveza, dos limonadas y para mí.... un ajenjo sin jarabe, y con un trozo de hielo!

—¿Bebes ajenjo?—prorrumpió Pablo.

—Siempre, antes de comer!

Y dándose aires de galante pisaverde, haciendo reír á todos, tarareando con cascada voz un pasaje de Fausto, ofre el brazo á doña Dolores:

—"Ma bella damigella"....

Reían las señoritas, reía dos Cosme, doña Carmen movía la cabeza como dicie do:—"¡Qué cosas tiene mi marido!

Ramón se puso serio, como si la gala te humorada de su tío no le fuese agr dable.

Se levantó la señora, tomó el brazo de cuñado, y uno y otra entraron en la inn diata habitación. Siguiólos el clérigo lemnemente, y. al llegar á la puerta, d en tono oratorio, señalando á la pareja

—¡Soberbio! ¡Fausto y Margarita!

—Y.... Mefistófeles!—murmuró Ma al oído de su gallarda prima.

y dijo entre asustado y sonriente:

—Somos trece.

Callaron todos. El canónigo y don Cosme se miraron como sorprendidos. El P. Anticelli rompió el silendio diciendo contrariado.

—Ma... ¡tonterías!... ¡Lo mismo que si no fuésemos ni menos que las Gracias ni más que las Musas!

lla, como ha debido y debe aprovecharlas, su opulencia fluvial y las innumerables caídas de sus ríos, tentadoras, y como un imán, para la industria fabril. Nuestro lema es: "no transigir jamás con el error." ¡¡¡Alerta, Honorables Ediles!!! ¡No os dejeis sorprender!"

El escritor peninsular no contestó, y como el señor Collantes no se ocupaba en tales proyectos, el odio despertado por tales díceres fué á chocar contra doña Dolores y sus hijos.

¡Cómo los traían en lenguas! ¡Cómo su noble conducta y su limpia fama anduvieron en labios de aquellos gratuitos malquerientes, á quienes, como al bueno de don Alonso de Quijada, se les hacían gigantes los molinos de viento!

pel en la obra principal. ¡Figúrense ustedes!.... Un papel de bachillera, yo, yo, yo que soy de una maravillosa ignorancia! Voy á hacer un monólogo de Blasco: "Día Completo." Tengo que salir en traje de baile....

—Pero, en suma, Concha—interrumpió Margarita—qué es lo que sabes, lo que nos ibas á decir, y lo que dice la comedia esa?

—¡Ah! se me olvidaba....

Y abrazó, y besó á Margarita, y acarició y besó también á Elena....

—Que... primos que llegan y... ¡amores que se enredan! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se fué.

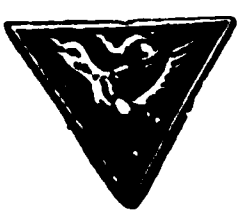
amigas de Villaverde que su pariente y tocayo estuvo enfermo, pero que ya está bien.

"Sabes te quiere tu agradecida cuñada

Dolores."

P. S.—A Carmen que me mande los rosarios de Lourdes que nos ofreció.

Ya sabes la casa: Calle quinta de Santa Marta, núm. 12.



Llovía. Ráfagas de viento tibio le azotaron el rostro. Recogióse la falda, y de puntillas, semiembozada en la mantilla, ganó á lo largo de la acera el camino de su casa, que, por fortuna, no estaba distante.

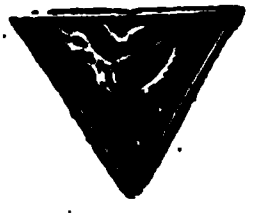
Allá por las montañas del sud, en lo más alto de la cordillera la tempestad incendiaba las cimas.

"Dicen mamá y María que ya escribirán. Aun no están instaladas á su gusto. Papá dijo anoche que ya están arreglando en Tacubaya una casa para ustedes.

"Te quiere mucho tu primo, tu ... melancólico primo.

Alfonso."

Margarita dobló la carta, la metió en la cubierta, abrió el ropero, y la guardó en él.



—Pero, Lolita...—rogó Marta.

—No me place, me parece impropio,—contestó doña Dolores—escuchar así, por más que se trate de una comedia, ó de cosa parecida. ¡Vámonos!

Y fué preciso obedecer.

poco el P. Anticelli, seguido de un caballero de aspecto distinguido y elegante, forastero, sin duda, pues ni doña Dolores ni Margarita le conocían.

No tardó en venir el sacerdote, el cual, con el bonete en la mano, se entró en la sala afable y sonriente:

—¡Ma!.... ¡Ea! ¡Bien venidas seais! ¿Cómo va Dolores? ¿Cómo estais hijas mías?

Y al ver que las señoras se levantaban, el sacerdote les indicó con un movimiento de sus manos nerviosas y exangües que volvieran á sentarse.

—¡Sentaos! ¿Cuándo es la partida?

—Mañana.

—Venís oportunamente... Deseaba yo veros y hablaros, como debo hacerlo, en vísperas de ese viaje que.... ¡no me gusta! ¡Sí, mi señora; sí, hijas mías, no me gusta!

Y el P. Anticelli encogió la nariz, como si hasta ella le llegase algo mal oliente.

—Es el humilde recuerdo de un hijo de San Ignacio.... ¡Nada de decimientos y pedid á Dios por mí. El os bendiga y os tenga en su santa!

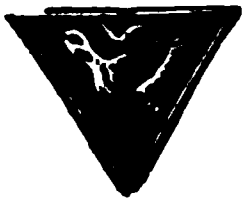
Encaminóse el jesuíta hacia el c La señora y las jóvenes le siguiero pidiólas en la puerta, en frase brev por modo rápido.

El P. Anticelli permaneció en el de la escalera hasta que las vió salir, el bonete, y, paso á paso, se dirig celda.

—¡Hemos llegado!—exclamó la señora.

—¡Aquí está mi tío!—gritó Ramón.

—¡Y aquí está Alfonso!—agregó Pablo.

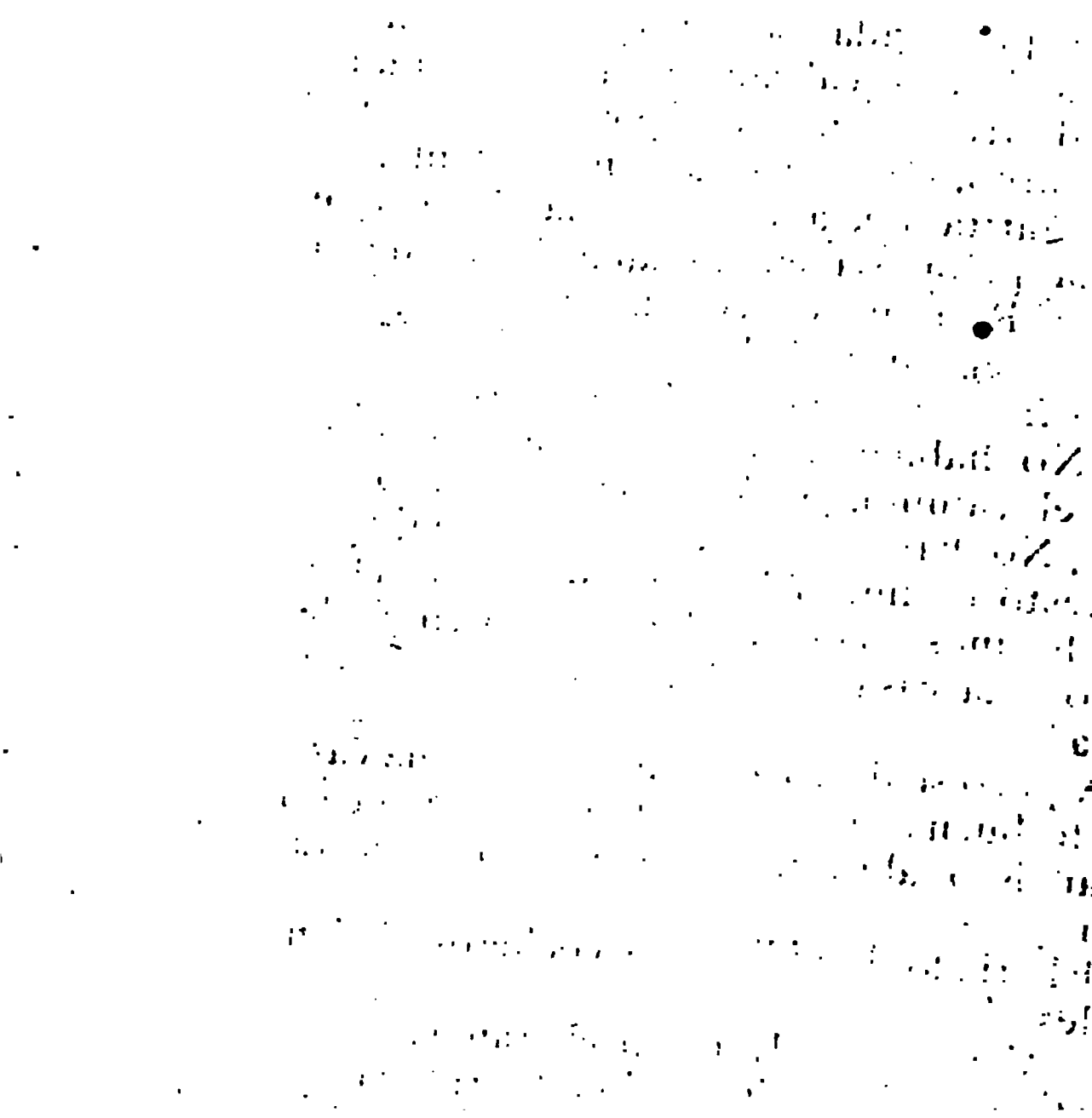


sica después de la comida. Ahora no, hija mía. Comprendo vuestro cansancio. Ahora á comer, y luego á casita. No han de llegar á Tacubaya después de media noche!

Un criado apareció en la puerta de la antesala, y dijo en francés.

—Los señores están servidos.

—¡Santa palabra!—exclamó el Doctor Fernández, levantándose.



ra: ...e semeja marfil.
gi ...te á los balcones
...anca, opaca; so-
; ...o, de luna clarísi-
t.

...eguntó Elena.
...gual á otro. Un so-
... sentadas tu y yo,
... sillones de rica te
... brada de crisante-
... apacible color de
..."pouf;" un velador
...de tabaco, una li-
...Entre los dos balco-
... cómodo, con un par
...or de malva. Delan-
...neo.... Espera: en
...illeteras cilíndricas
...s, y en ellas, muy
... manos femeniles ó
... ligas verdes, ligeras,
... as muy largas, muy
... á la del hogar; una
... que representa una
...¿Qué representa,

...Don Juan."
...—dijo tristemen-

...ña, y lada por una
... guarnición de enca-
...es. ¡Esto, de noche,

—Porque sí.

Y siguieron avanzando si
te....

Al fin habló Margarita.

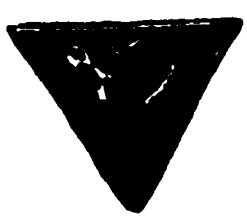
—Sí, ¿no es verdad que e
hay un secreto, y en tu alma
que entristecen tu corazón?.

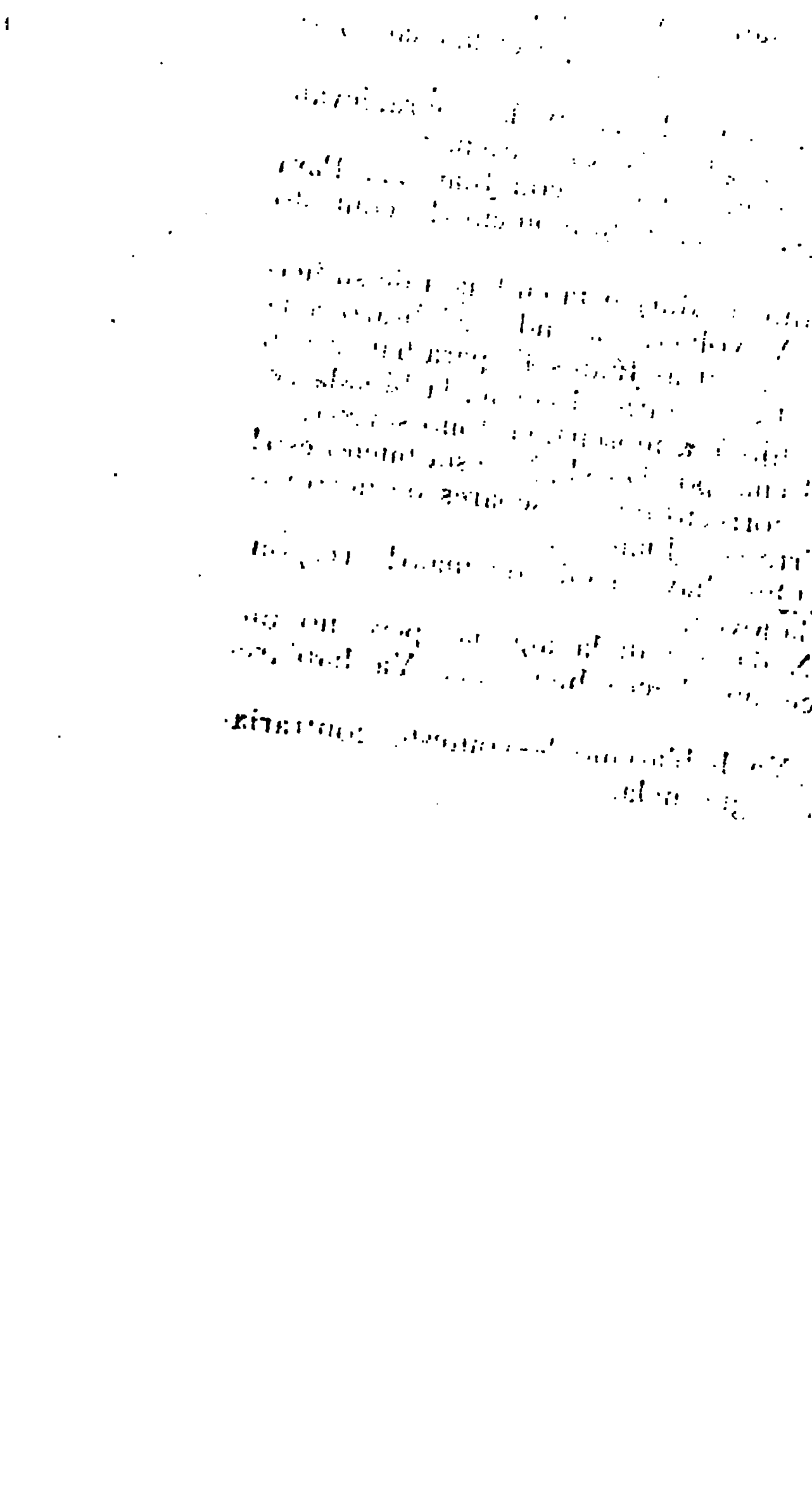
Alfonso no respondió.

—Vamos, señor mío....
Margot el favor de esa confia
mé esa novela.... ¿Novela?
ma triste.

—Pues oye, prima mía:

cunarias de la familia, habia hecho modificaciones á su testamento, pocos días antes de morir, y dejaba para dotar á Margarita y á Elena, pero directamente á doña Dolores, cincuenta mil francos; que dentro de pocas semanas se procedería al arreglo de todo, y en su oportunidad, la mencionada cantidad quedaría á disposición de quien debiera recibirla.





—No veo en eso nada de malo!—contestó la ceguezuela pálida y trémula.

—¡Por Dios, Lena!—exclamó Margarita.

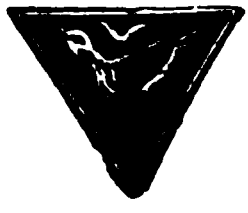
—Pues yo sí, hija mía. Ni me place que Pablo ande entre bastidores, ni está la Magdalena para tafetanes, ni para biombos japoneses! Pablo vino á Méjico á trabajar, no á cortejar tiples....

—Yo me refiero á Juan....—advirtió Elena.

—Tu primo puede gastarse lo que quiera... pero no debe arrastrar á tu hermano hacia los caminos por donde él transita...

—¡Mamá!

—Doblemos esa hoja!



—¡Vayan!—dijo doña Dolores.—Margarita: de la estación para acá.... Procuren estar á tiempo en Buenavista, porque esa criatura cuenta con encontrarlas allí!

—Quédense aquí. Yo buscaré á Conchita.... y la traeré.

Llegó el tren, y á poco la señorita Mijares entraba en el landó con sus amigas.

—¡Pero, muchachas, muchachas,—exclamaba—qué lujos son éstos! ¡Si tenéis un tren digno de un príncipe! ¡Cómo me gustan á mí estas cosas!

no ha variado de carácter, y, guarda, que, estados mudan costumbres, y que sigue siendo bufón de ricachos y de obispos! ¡Buenas noches! Digo.... ¡buenos días!

lanteos frívolos; nada de miradillas mortecinas ni de romanticismos cursis.

Margot estaba en su puesto; Alfonso en el suyo, y ni el más perspicaz se habría dado cuenta del amor del joven y de su blonda prima.

Juan, muy ocupado en atender á Conchita, no era para su primo Pablo mefistofélico tentador, y el mancebo, con gran satisfacción de doña Dolores, volvió á su vida metódica, y á su laboriosidad genial.

En seguida habí
ville, de la cual r
ñora á su hija. E
á Margot su proy
silla.

—¡Pero, mamá!..... ¡Qué dirán de sotras! Quitar casa y levantar el campo y ¿para qué? Para volver cuatro ó cin meses después? Me parece que lo más co veniente sería quedarse aquí....

—¡Ay, Margot! ¿No dices eso porque afecto te retendría aquí?

—No, mamá..... Pero ¿no es verd que nuestro regreso daría mucho qué cir á nuestros paisanos?

—Sí que lo daría.... Mas pienso q que lo conveniente, ya que la generosidad de Eugenia ha venido en auxilio nuestro, es que volvamos á nuestra tierra. La vida de Méjico no es para nosotras.... Se gasta mucho. Aquí.... las exigencias son mayo res. ¡No estoy aquí contenta! No sé qué me dice el corazón, pero presiento alguna desgracia.... No sé por qué vivo sobre saltada....

—Está usted nerviosa, mamá... ¡Eso e todo!

—Será lo que quieras, hija mía..... Ello es que mañana hablaré con Juan, antes de que llegue el invierno, estaremo de regreso!

—Piénselo usted.

—Lo pensaré y veremos...

Llegó Ramón con la monologuista. La muchacha venía disgustada.

—¡Qué he de hacer! Me iré: pero ya verán ustedes cómo la inquietud de mi tía no tiene motivo. ¡Si así es siempre!... ¡Más asustadiza y más temerosa no he visto yo otra mujer.

Y Conchita, rabiando, se quitó el sombrerillo, y se descalzó los guantes, y entrándose á las habitaciones interiores, dijo volviéndose á doña Dolores.

—Voy á hacer la maleta... Dejaré todo listo, y si es posible... ¿Hágame usted ese favor?

—¿Cuál, mujer?

—Que Ramón y Margot me lleven á despedirnos de sus tíos. Ni ellos ni los muchachos estaban allá cuando Ramón me dijo lo que Pablo llevaba encargo de decirme.... No pude despedirme. Volveremos con Lena, que no quiso venir. De todas maneras ha de volver á Méjico Ramón.

—Sí, hija mía: irás á despedirte, y todos volverán con Elena.

—¡Sí, y mil gracias! Figúrese usted que sería muy feo que me fuera yo, como dicen, á la francesa, sin decir adiós. Ya usted ha visto qué finos han sido todos conmigo, cómo me han distinguido, y cómo me han obsequiado.... Voy á llegar á

los... Y tú, tan reservada, y tan... ¡Mejor es callar!

—No, Concha. ¿A qué confesarte.... lo que no es verdad? ¿Quieres que por darte gusto dé por cierto lo que cuentan en Pluviosilla.

—¡Bueno! Pero.... niégame que no le desagradas á tu primo.

—No.

—Y niégame que á tí te simpatiza Alfonso....

—No me desagrada.... Es guapo, y es bueno....

—No digas más.

—No digo más.

Y en tono de cantaleta escolar dijo Conchita, sílaba por sílaba.

—¡Pues... qué... quiere decir cris... tiano!

A las siete y treinta y cinco tomaron el tranvía Margot y Concha, acompañadas de Ramón.

Al llegar á Méjico la señorita Mijares quiso hacer algunas compras; en ellas anduvieron hasta muy cerca de las ocho.

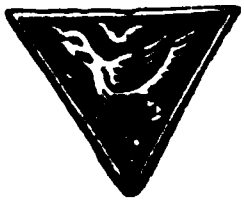
Después compraron dulces en "El Globo," y á Concha le ocurrió despedirse de una amiga.

Cuando llegaron al palacete de don Juan aún estaban de sobremesa.

—¿Y Lena?—preguntó Margarita al entrar en el comedor.

—Acaba de irse.... Là fué á dejar J
nito!—respondió doña Carmen.

Y en seguida ordenó á los criados q
areglaran la mesa y sirvieran á las t
personas que acababan de llegar.



las arbole
el distan
chaban y
ble, que
silueta va
minadas
che de fi
próximo
dros rete
lado izqu
acá de la
te torpe,
sado y f
al otro c
vibrante
auriga de
pondiera
pañero.

Lejana tormenta centelleaba en las cimas del Ajusco. Por el Oriente brillaban pálidas estrellas. El viento nocturno, viento de lejana lluvia, zumbaba en los árboles y en la hierba de las acequias colaterales, y traía del cercano bosque, de la calzada de la Verónica y de las huertas de Popotla, misterioso rumor.

Embriagábase Lena con la fragancia de los cojines y almohadillados del cupé, y embriagábase también con el aroma aristocrático de que estaban impregnados los vestidos de su primo, cuyo bigotillo perfumado trascendía á violetas acabaditas de cortar.

no, poniéndole una mano en el hombro, subió al coche, dió la dirección, y saludó desde el cupé.

El lacayo saltó al pescante, el cochero tiró de las riendas, hizo restallar la fusta, y el suntuoso tren partió al trote de los caballos. y se alejó, y se perdió bajo los chopos de la calzada de la Condesa.

güntale al P. Anticelli. Ya me dirás lo que contesta.

"Oye los consejos de tu mamá. ¿Puede una madre darlos malos? ¡Por Dios, Conchita, que no hagas locuras ni tonterías! No es malo representar comedias, no señor, no lo es; pero ya tu vida es la de una verdadera actriz. ¿No crees que el tiempo que gastas en estudiar dramas y comedias, podrías emplearle en cosas de mayor provecho?

"Piénsome que, al leer esta carta, dirás quedito (ó en voz alta) que soy beata y gazmoña, y sepa Dios qué más.... Di lo que quieras. Yo te digo lo que debo, y lo que mi cariño y la razón me aconsejan.

"Saluda á tu mamá y á tu tía, de parte nuestra.

"Un abrazo, un beso, y adiós.

Tu amiga

MARGARITA.

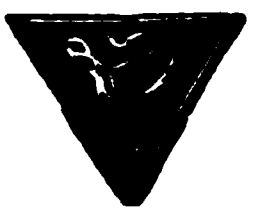
Dobló su carta la blonda niña, ajustó los dobleces con un cuchillo de marfil, metióla en una cubierta, y al humedecer rápidamente con un pincelillo los bordes de la nema, sintióse sobresaltada.

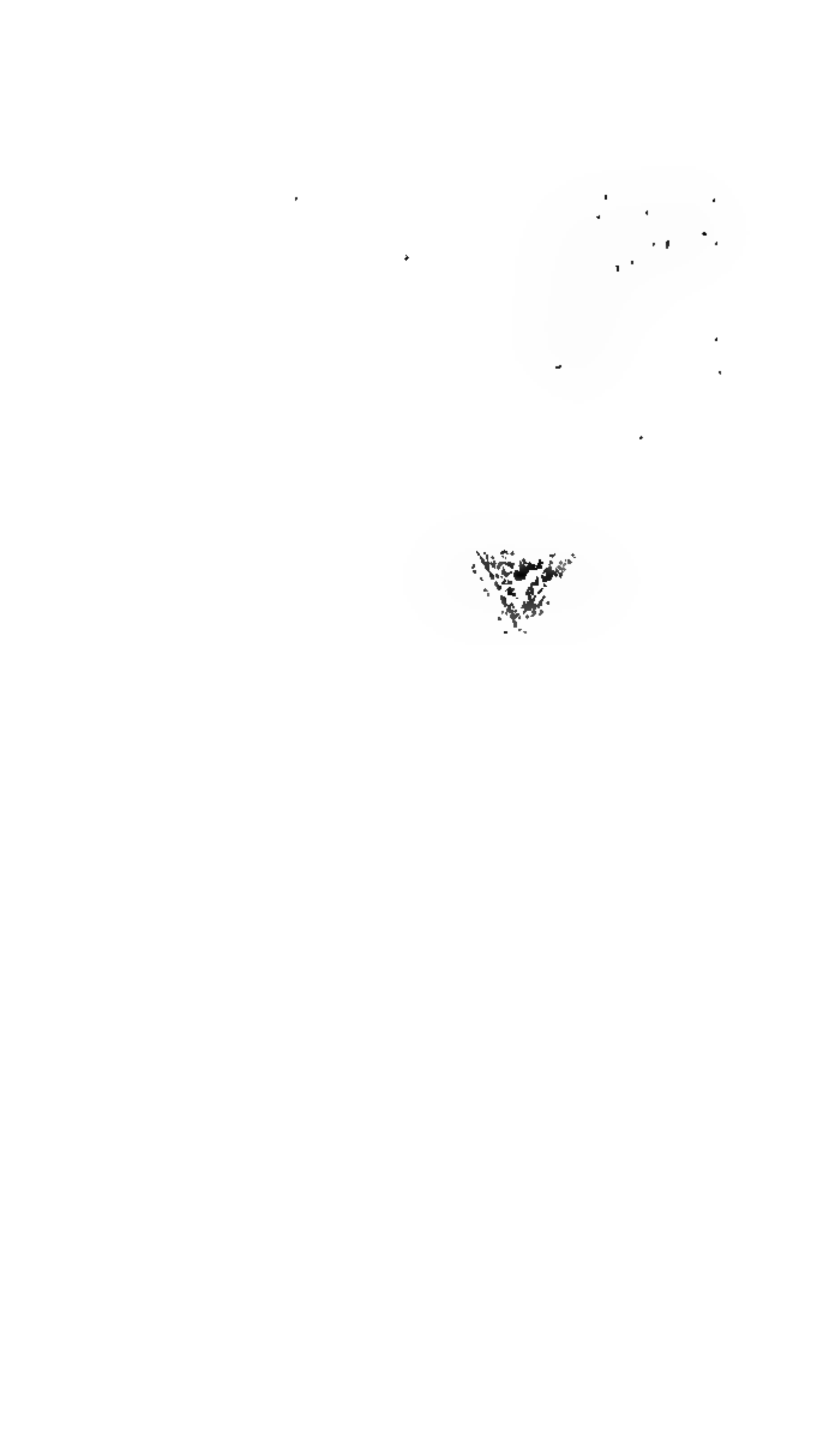
—¿Por qué?—díjose—¿Enojarán á esa loquilla los términos franceses y clarísimos de mi carta? ¿Le causaré con ellos disgusto y desazón?

Margarita dió dos ó tres vueltas á su carta, haciéndola girar entre los dedos; asentóla en seguida con la plegadera, y luego con aquella letrita suya, tan clara tan elegante y tan aristocrática, escribió nerviosamente, pero con suma lentitud:

Srita. Concepción Mijares.
4a. calle de los Desamparados, 7.
Pluviosilla.—(Ver.)

Secó el sobrescrito, pegó con el mayor cuidado el sello postal, y sobre todo, asentó una hoja de papel secante.





ella, ó para un sonetillo renaciente, á
nera de Bembo....
Pues á la obra, Monseñor!
No en mis días! No taño ni lira, ni
illo ni rabel. ¡Quédese el tema para
Yo vivo para la pedestre prosa.
criado distribuyó las copas, y des-
rajo el vino en una ánfora de cristal,
a ánfora de suprema esbeltez, en tor-
cuyo cuello se enredaba una guir-
de rosas, y finamente, muy finamen-
linando el magnífico vaso entre las
anos, sirvió á todos.
Hay personas en el salón?—pregun-
Juan.
, señor.
eró á que fuese retirado el servicio
tres, y después de consultar su re
rrumpió, dirigiéndose al Obispo:
alud, amigos míos! Y agregó: Nos
an en el salón. Allá tomaremos el

tras los criados abrían de par en
puerta principal, disponiéndose á
sus guantes, don Juan se acercó á
, que llevaba del brazo á la cegue-
y díjole en voz baja:
te vayas. Necesito hablar contigo.
l mismo saldrás para Pluviosilla
ren especial que ya está pedido.
s á las diez de la mañana. Allí es-
mis órdenes, y te embarcarás en
lz del diez y ocho al veinte...

Doña Carmen y María servían el café; Margarita y Alfonso tocaban á cuatro manos "La Invitación al Vals."

—¿A cuántos estamos hoy?—preguntó Elena á don Cosme, el cual le ofrecía una taza de café.

—¡A veinte, hija mía!—contestó el viejo amablemente.

Y la joven pensó:

—Hay tiempo.

—Por fin, criatura: ¿quiere usted café?

—¡Gracias, don Cosme, mil gracias!

g
g
ó
g
u
at

te
go, conozco tu acento. Por el timbre y por las inflexiones de tu voz adivino la expresión de tu semblante, y cuando estrechas mi mano sé lo que vas á decirme.....

Lena tendió el brazo sobre el cojín en que se apoyaba, abriendo la mano como esperando encontrar la de su primo.

—¡Juan!—exclamó en tono cariñoso—¡Me hace mal el aroma de tu cigarrillo!

—Elenita;—replicó el joven con acento suplicante,—pero si está riquísimo!

—Me molesta.... No sé lo que tengo, pero desde hace varios días, me hacen mal los aromas. Si tú supieras cuánto he padecido durante la comida, con la fragancia de las fresas!

—Dejaré mi cigarrillo....

—No, no!....

—Si lo deseas....

—Te decía yo—prosiguió—que al estrechar tu mano ya sé lo que vas á decirme; tus pasos, antes que llegues, me traen tu imagen, y al pensar en tí, cuando hago

castillitos en el aire, siento que estás á mi lado, junto á mí, cerquita de tu Lena, y me parece que te veo, que te veo y percibo el perfume de tus vestidos y de tus manos. Me dicen cómo eres, y ya lo sé; pregunto acerca de tu persona, y cuanto me dicen lo sé ya. ¡Te conozco, te conozco como si te hubiera visto! ¡Si yo te viera, me moriría de felicidad, de alegría!

Juan se había levantado para seguir fumando. En vano la ciega buscaba tenazmente la mano de su primo, y con ansia febril se inclinaba hacia el sitio que ocupara su amante.

Siguió diciendo con voz apasionada:

—Te vas... y me quedo triste; no vienes y vino entre angustias y zozobras; te siento al lado mío, y dicha y felicidad inundan mi sér; pero ¡ay! esa alegría dura un instante en mí, y tu palabra ligera y festiva lastima cruelmente mi corazón. Yo quisiera que fueras conmigo más serio y reflexivo. Dicen que eres frívolo y tronera, y yo digo que nó; pero tus conversaciones y tus dichos te hacen parecer ante mi como falto de amor, como indiferente y tornadizo....

Y agregó suplicante:

—Juan... ¿qué no me quieres?

El mozo tiró por alto su cigarrillo en la escupidera más cercana, y sentóse al lado de la ciega.

—No me quieres....

Un relámpago de felicidad iluminó el rostro de la ciega, y por sus labios pasó con rapidez de colibrí una sonrisa de ventura.

Juan tomó entre sus manos delgadas, distinguidas, pálidas y exangües, la mórbida mano de su prima. Esta se estremeció como una amapola azotada por el cierzo, y dijo apasionadamente:

—¡Así! ¡Así! Cuando estás á mi lado; cuando tienes mi mano entre tus manos, me parece que te veo; como que se ilumina con luz de aurora la noche que me envuelve; y te veo, sí que te veo; y te miro de hito en hito, y miro centellear tu mirada

apasionada y triste como adormecida en las violadas ojeras. ¿Es verdad que hay mucha tristeza en tus ojos y en tus miradas? Eso dicen las gentes....

—¿Quién te ha dicho eso, prima mía? —replicó Juan malhumorado.

—¿Te disgusta que te diga yo eso?

—No; pero... ¿quién te lo dijo?

—Lo dicen todos: mamá, Margot, mis hermanos, las señoritas que te conocen, y que me hablan de ti. Me dicen que tus ojos son negros, muy negros; que tus pestañas grandes y rizadas proyectan en tus mejillas tintes de hiedra. Recuerdo cómo son los ojos de Pablo... ¡Dicen que los tuyos se les parecen! ¿Es eso verdad?

—No lo sé, Lena. Nunca me miro en un espejo...

—¿Te contraría que te hable yo así? Si te disgusta.... No me agrada saber que estás disgustado.

—No, Elenita.

—Sí; te contraría.... He sentido en tu mano un movimiento que me lo dijo, un crispamiento de contrariedad. Lo he sentido, sí, lo he sentido. ¿Te desagradó lo que dije? Dímelo, y no volveré á decirlo.

Juan no contestó. Elena inclinó abatida su cabecita ensoñadora.

En el salón gemía el piano una melodía melancólicamente dolorosa.

—¡Juan!—prorrumpió Lena en acento desolado.—Tú no me quieres....

—¿Por qué dices tal cosa, prima mía?

—Porqu
cen. Pero,
res tanto
vas?

—Papá

—¡No t
go miedo
ya no volv
ma.... M
sin ti; qué

—Prima
regreso.

La cegue
beza, aien
mano de si

—Si tú s
sueño ¡que
yo digo, me
aire, sueño con... sueno... ¡No; mejor no lo digo!.... ¡No quiero decírtelo!

—No me ocultes nada, prima mía...— suplicó Juan.

—¿Prima mía? ¡Qué bien digo! Tú no me quieres ya.... Y yo sé por qué. Te amo, te he amado demasiado para que el amor no muriera en ti.

Juan, pensativo, clavó sus ojos en la alfombra.

—Lena, Lena mía.... Dime eso que no quieres decirme...

Elena no contestó. Insistió el mozo, pero la joven guardó silencio, y retiró su mano de entre las manos de su amante.

Entonces éste acarició dulcemente la ca

beza de su prima, y díjole al oído, con angustioso ruego:

—¡Esposita mía... dímelo!

Irguióse la ciega, y volviéndose á Juan, le dirigió una mirada de sus ojos sin luz, y díjole seriamente:

—Lo diré: sueño que soy tu esposa; que vivo á tu lado; que por fin hay luz y alegría para mí: la luz de tu presencia, la claridad que á mi eterna noche habrá de darle la seguridad de que eres mío! ¡No te vayas!.... Si te vas, no vendrás nunca.... y es preciso que vuelvas.... y pronto, pronto. Temo...

—¿Qué temes?

—Nada.

—Algo te preocupa, y no es este viaje inesperado....

Otra vez se estremeció la ciega.

—Dí.

—Debo decírtelo.

—¡Pues dilo!

Entonces Elena, atrayendo al joven, díjole en voz baja algo que le hizo palidecer y levantarse como impulsado por un resorte. Después de unos cuantos minutos de silencio, soltó una carcajada y exclamó:

—¡No pienses en tonterías! ¡Se te ocurren unas cosas!

Cesó la música en aquel momento. Pablo y María entraron en la antesala.

La señorita dijo:

—No tomaste café. ¿Quieres una copita de anisete? Voy á servírtela.

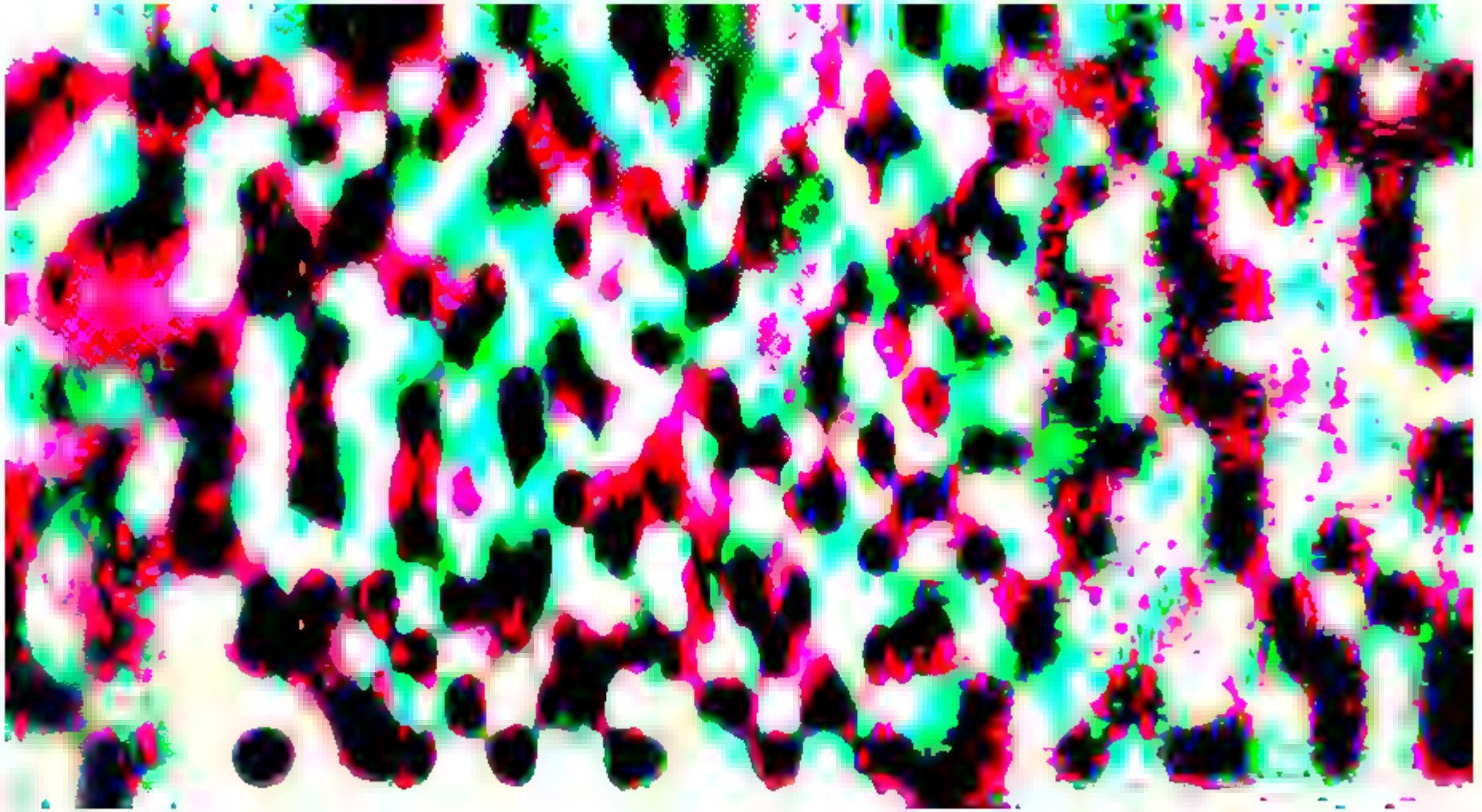
bro izquierdo de su primo. Alfonso no era un pianista; pero tocaba con delicadeza y expresión.

Margot le escuchaba estática, siguiendo con la mente la encantadora serenata. Al terminar ésta, la blonda señorita, inclinóse, diciendo:

—Alfonso... ¿me quieres mucho?

El joven echó atrás la cabeza, descansándola en el brazo de Margarita, buscando la mirada de su prima, y murmuró que no dijo, con melodiosa y correcta pronunciación francesa:

"Ouvre les yeux, dirai-je, ó ma seule lumiere
Laisse-moi, laisse-moi lire dans ta paupiere
Ma vie et ton amour:
Tou regard languis ant est plus cher a mon ame
Que le premier rayon de la celeste flamme
Aux yeux privers du jour."



tus amigos... .Caballeros:—dijo en tono teatral—tengo el honor de presentaros á la futura Marquesa de Collantes!

Y agregó con trágico acento:

—¡Es.... el destino manifiesto!

Picóse Conchita, y, roja como un ababol, disimulando su rabia, creyendo que un sentimiento de rivalidad había dictado tales palabras, respondió audazmente:

—¡Ojalá! Háganmelo bueno.

Rieron todos á más y mejor, y Oscar verdaderamente disgustado, tomó el portante. Desde ese día, á "sotto voce" todos le decían la Marquesa de Collantes.

La monologuista hizo entrar á Juan, llamó á su tía, y presentó al mancebo.

Mientras éste platicaba con la buena señora, una excelente mujer, tan conforme con su pobreza, como escasa de entendimiento, Conchita no apartaba sus ojos de los ojos del pisaverde. A poco se dió á comparar la modestia y sencillez de aquella casa tan humilde, con el palacete de don Juan.

¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! ¡Cómo se entristeció Conchita al contemplar su pobre sala! El suelo de ladrillo, muy limpio, es cierto, pero desolador y vulgar; la media docena de sillas de pino, barnizadas y enteras, pero delatoras de una gran pobreza; cuatro sillones de rejilla, con velos tejidos de gancho y adornados con cintas de seda, en las cuales Concha puso

cular, llena de monitos de porcelana y de figuritas de barro, producto de la industria de Puebla; y en medio un quinqué con una gran pantalla de papel encarrujado. A la derecha, en las sillas próximas á la ventana, un par de bastidores que delataban el trabajo largo y penoso de la bordadora. Las vigas pintadas de gris, las paredes desconchadas. En la ventana, en el desportillado pretil, dos lindos caracoles, y un silloncito, trono vespertino y nocturno de la ventanera Conchita.

Tritísima sala. ¡Cuán diferente de aquella casa, de aquel palacio de los Collantes!

Tomó la palabra Conchita, y lista, vivaracha, zalamera como nunca, charló con su gracia de siempre, pensando en que Juan sólo por verla había venido.

—¡No merece usted—repetía—que le reciba bien! Ni adiós me dijo. Por charlar con Elena no me vió usted, y en vano le esperé en la Estación, donde según me dijeron debía usted estar para despedirse de mí. ¿Cuánto tiempo va usted á permanecer entre nosotros?

—Probablemente un mes; á menos que, como me lo temo, un día ú otro tenga que salir para Veracruz. He venido á mudar de aires, antes de partir para Europa.

—¿Se vuelve usted á París?

—Voy á negocios de mi padre... Pero de seguro que tardaré mucho en regresar.

—¿
atrevi
le gu
—S
derá..
gran
mo, c
aquí..
—Y
Pluvic
cervi
—E
tiemp
—A
mes..
podrá
ofrezc
va ust
distra
y sald

Es lo único que merece ser visto... y menos de quien viene de Méjico, y mucho menos de quien viene de París... De alguna manera he de corresponder á las atenciones de usted, y de su papá, y de todos!

Aceptó Juan. Al día siguiente, estuvieron de paseo. Concha invitó á varias amigas: á las Sánchez, á Paquita Rodríguez y á las de Castro Pérez. Fueron á visitar una hacienda, y á la cascada de Agua Azul, uno de los sitios más bellos del valle de Pluviosilla, en las fértiles orillas del Albano.

mivelado por un girón de nuves alargado por los vientos vespertinos.

Declinaba el sol en un cielo despejado, y al caer derramaba en el valle finísimo polvo de oro...

Por las calles fangosas y desempedradas, iban los coches lentamente, muy lentamente, como si los guíase un cochero taimado y medrador.

Alegría cordial reinaba entre los paseantes. Se charlaba en cada grupo á más y mejor, y todo respiraba dicha y juvenil regocijo. Arturo departía con Paquita Rodríguez, y, admirado del espectáculo que el valle le ofrecía, sintióse poseído de la Musa, y se dió á improvisar sonoras espinelas, al modo de Peza, para las cuales se creía el poetilla hábil y heroico forjador. El escribiente barbilindo cortejaba á las Castro Pérez, quienes, como de costumbre, murmuraban y hacían trizas y rajas de Concha, por venir ésta con Juanito Collantes, sin otra compañía que un chiquitín, hermano de la Paca.

Al dejar el carruaje, al fin del lano y en la linde del cafetal, para bajar hasta la ribera del Albano, nuestro lagartijo ofreció el brazo á su amiguita, la cual iba de lo más sencilla y elegante, con su vestidillo de percal y su gracioso sombrerillo coronado de flores montañesas.

Bajaban penosamente la tortuosa y quebrada vereda, sembrada de hojas muer-

siense, y mientras todos admiraban el sitio, quedó lista la improvisada mesa, decorada con flores cogidas en el tránsito. El vino de Champagne se enfriaba en la cuba, y el "garçon" disponía en platillos elegantes pastas, emparedados y dulces...

En tanto que los demás recorrían la ribera en busca de flores, la pareja se detuvo al pie del árbol. Conchita quería grabar sus iniciales en aquel álbum rústico; pero Juan la hizo desistir de la empresa, diciéndole que oportunamente lo haría su criado...

—¿Por qué nó?—suplicaba el joven con poderosa sugestiva insistencia.

Conchita paseaba su picaresca mirada de diablillo alegre á lo largo del río, y deshojaba, maquinal y nerviosamente, un ramo de campánulas silvestres que Juan le había ofrecido.

—¿Por qué nó?—repetía el mancebo, con acento quejoso.

—No.

—¿Por qué?

—Porque nó.

Entonces Juan se inclinó detrás de la monologuista, y suavemente, muy suavemente, acercó sus labios al cuello de la señorita, hasta tocarle los rizillos de la nuca. Se estremeció Conchita en un espasmo, como si un bicho le anduviera en el cabello. Dióse cuenta del atrevimeinto de Juan, y roja como una amapola vernal,

Al en
nuestro
orto de
por sol
sa y de
Juan
che. El
—¿Pc
el terco
á mi ca
—Es
nologui
lba Juai

—Hablaré con Juan, y luego iré á verte. Tengo apuntada tu dirección.

—¡Adiós, señor...—dijo Margarita.

—¡Adiós!

—¡El os acompañe, hijas mías!

llevado para él. La carta era de Elena. El mensaje era de don Juan, quien le decía:

"Sal mañana para Veracruz, á fin de embarcarte al día siguiente. En París te encontrarás cartas mías é instrucciones claras y precisas.—Avisa de tu partida, escríbenos de esa ciudad, y recibe saludos de todos."

tir en la tarde. Sí; un tren especial!

Sonó solemne y majestuosa la na parroquial.....

—¿Toque de fuego?—pensó el ¡Ah! Es el alba.... el día que viene... el sol.... luz.... alegría....

Y se envolvió en las ropas, y se arrullado por el ruido del cercano río.

rada vaga é inexpresiva, dijo en voz baja, con miedo, como si temiera de sí misma:

—Me mataría.

—¿Y el niño?—se apresuró á exclamar Filomena.

—¡No! ¡No!—gritó Elena.—¡Por él viviré! ¡Viviré para él, y sufriré todo, y padeceré cien mil martirios!

—Sí, niña Elena; si es usted buena, es usted cristiana... ¿no es verdad que una mancha así no la borra más que el amor maternal?

Quedóse pensativa la ceguezuela. Después de un rato, dijo resueltamente:

—Acabaremos.

Y dictó el resto de la carta en tono cariñosísimo.

—Ahora...—exclamó con acento resuelto—ciérrala y llévala al correo. ¡Y será la última!

hacer... pero... ¡ya lo sabéis! A mi edad anda uno achacoso ó desmazalado... Desde los días de la Candelaria ando mal, y.... á mis años todo se vuelve dolamas.

—¿Ha estado usted enfermo?

—Enfermo... no; pero á deciros verdad... no ando bien. Por eso no me vistéis en la comida de Juan la noche que estuvo allá Monseñor Fuentes...

—Echamos á usted de menos...—dijo Margarita...—pero mis tíos nada me dijeron....

—Sabed que en esos días guardé cama... Un resfrío... la "influenza," según el médico... La tal "influenza" que, á lo que veo y todos miramos, saca fácilmente del paso á los señores facultativos... ¡todo es "influenza!"... ¡todo se vuelve "influenza!" Prediqué el día de la Candelaria, y á poco de bajar del púlpito me sentí mal... Y no creáis que estuve en cama muchos días... Tres nada más. Al cuarto vine á esta sala... El quinto fuí al comedor.... El sesto me eché á la calle.

¡Bueno soy para estar encerrado, y proceder contra mis hábitos y costumbres! No, hijas mías, cuando se me llegue la hora, y Dios me llame, lo cual no tardará en suceder, la muerte me ha de encontrar en pie. ¡Mientras, aquí vamos tirando!.... Ya lo sabéis... Yo... ¡ni cama, ni medicinas, ni médicos! ¡Y así he sido siem-

un alguacil que le arroje de allí... ¿Estamos? ¡Bien! ¡Bien! ¡Que sea abogado el Ramoncillo, y que Dios le dé clientes que estén en lo justo, y pleitos productivos. ¡Ya tendrá que subvenir á ustedes! ¡Y Pablo otro tanto! Pablo,—me parece un guapo chico... Su tío dice que es inteligente y apto para todo...

Margot, durante todo el tiempo que llevaba de hablar el Canónigo, estaba entretenida en mirar el tapete, un tapete más que marchito, vetusto, pero de muy gallardos dibujos: grecas ligerísimas y ramos de adormideras en que las flores se abrían magníficas y opulentas de lozanía, y las hojas se encorvaban con prodigiosa flexibilidad. Doña Dolores estaba pendiente de los ojos y de los labios del Canónigo.

—Sí; eso es lo prudente. Lola! Así conviene. No esperéis nada de Juan. La liquidación queda hecha..... Efectivamente Ramón debía eso...Adeudáis algo; pero eso se arreglará fácilmente.... y algo alcanzaréis!

—¿Pero cómo,—apresuróse á decir la dama,—cómo si adeudamos podremos alcanzar algo?

—Muy sencillamente: se trata de unos encajes.....

—¿Pero ésos no son de mis hijas?

—Como es legado de Eugenia y de Surville....

Cuentas claras, dicen, conservan amistades.... Pues entre parientes.....

—Pero usted, señor, ¿no le hizo ver á Juan.....?

—Más de lo que tú piensas y supones... Dejad esto en paz.... y confiemos en Dios!

La dama y su hija quedaron silenciosas. La señora fijó la mirada en el suelo. La señorita jugaba con la punta de su pañuelo y contemplaba el monograma en él bordado delicadamente.

—Y yo.... que había soñado en regresar á Pluviosilla, y allí comprar unas casitas; y que Ramón allí estudiara, y que Pablo volviese á su empleo en la fábrica del Albano, donde le recibirían gustosos... y huir de aquí, de este bullicio, de este vértigo, de estas frivolidades, de esta vanidad, que en todo y por todo impera!....

Doña Dolores decía esto en tono congojoso. El canonigo sintió en su alma toda la angustia de su amiga, y pensó: "Pronto me moriré.... Mis parientes no son pobres.... Gabriela vive en la abundancia.... El chico ese tiene lo bastante para arrastrar por el mundo su desgracia... Al morir dejaré á Lola y á sus hijas.... algo de lo que tengo..." Y agregó en tono sentencioso:

—Dios te ayudará, Lola. El que cuida

LXXXI

Pronto corrió la noticia por toda la ciudad, y el nombre de Conchita iba y venía de lengua en lengua.

Es Pluviosilla pacífica de suyo, muy pacífica, y tanto, tanto, que á veces parece á quien la observa discretamente como laguna de aguas muertas. Sólo de tiempo en tiempo se anima y se divierte. Ni la Política, perra vieja que ladra en todas partes, que muerde en muchas, y rabia en algunas, es capaz de inquietar al vecindario y de perturbar la paz augusta y octaviana de que allí se disfruta. Necesítase de fiestas colombinas ó de festejos finiseculares, como quien dice de algo merecedor de un carmen horaciano, para que se muevan y

se la juzgó por la murmuración justiciera, la que no raja ni desuella, y se viste de Temis, y pronuncia sentencias y falla ex-cátedra? Piénselo el curioso lector discreto, si sabe de lo que aquí se trata, y puntual y honradamente se refiere. ¡Cómo lamentaban muchos (piadosamente, por supuesto), el extravío de la muchacha, seducida por un chico sugestivo y por la tentadora perspectiva de un viajecito ameno á la deslumbradora Lutecia! ¡La mala educación,—decían otros—la mala educación que es la única que produce tales peras! ¡La falta de religión!—repetían los de más allá. ¡La educación jesuítica!—voceaban en el grupo jacobino, á la sazón muy ardoroso, crudo y batallador.

En las casas, entre señoras mayores... ¡ni se diga! Ello es que Conchita andaba de boca en boca, y en ninguna parte se encontraba un temeroso que no se atreviera á tirar la primera piedra. Hablóse del asunto en la botica más concurrida: charlóse de ella en "El Siglo Eléctrico" y en "El Cometa de Plata," y en juzgados y covachuelas no se quedaron cortos. Los mozos mordían de pura envidia; las muchachas no callaban, pero se mostraban más discretas, y hasta piadosas. Las señoritas de Pluviosilla son más dulces que miel hiblea, y mansas y buenas como tórtolas. Oían, y, ó callaban compasivas, ó fa-

llaban con tino, dando muestras de altísima rectitud moral.

Los periódicos... ¡Ah! ¿Los periódicos? Esos, esos no tuvieron queda la pluma, ni trataba la lengua, y, á fuer de informadores, soltaron la sin hueso.

"El Siglo de León XIII" hablo poco, poquísimo, al fin de su florilegio semanal:

"Cuéntase por ahí,—dijo textualmente—la fuga de una palomica, con un pichón de rico plumaje, con un palomo semiparisiense y semimejicano, en busca de los esplendores de las capitales europeas. La autoridad no ha conseguido dar con la pareja, la cuál, acaso, á estas horas navega viento en popa en las aguas del Golfo. ¿El?—vástago mayor de un banquero hijo de Pluviosilla, residente por muchos años en París, y al presente radicado la ciudad de Méjico. ¿Ella?—Una muchacha de no feo rostro, lista, con grandes dotes para el teatro dramático, y muy aplaudida en un teatro casero."

Y agregaba:

"Y si, lector, dijeres ser comento
Como me lo contaron, te lo cuento."

"El Contemporizador," no fué más discreto pero sí menos castizo: Decía:

"RAPTO.—Tiene noticia la autoridad de que una joven llamada C. M., fué raptada hace dos días por un joven acaudalado, educado en París, y de nombre J. C.

miembro de una familia muy conocida en Pluviosilla. Motivos poderosos, al alcance de muchos abonados, nos obligan á dar sólo las iniciales de los prófugos. La policía anda sobre la pista."

Los sueltos anteriores fueron leídos en todas partes, y en todas partes comentados.

Una noticia publicada en "El Diario Comercial" de Veracruz, vino á aumentar el fuego de la chismografía: la lista de los pasajeros salidos en el trasatlántico "Júpiter." En ella había una línea que decía sencillamente:

"Juan Collantes y esposa."

"que sea; y ese será, y no otro. Esta es
"la situación, y no hay que engañarse; que
"á la larga, "á la fin y á la postre," (como
"sabe decir el P. Anticelli), yo he de triun-
"far, porque pueden mucho los ojos de una
"mujer!

"Comprendo que al leer entre lágrimas
"y sollozos esta carta, diréis que soy ligera
"y vacía de cascos; comprendo cómo me
"acusaréis, cómo diréis perrerías de mí.
"¡Paciencia, mamá, paciencia, tías! Todo
"se arreglará, aunque para el arreglo ten-
"ga que pasar algún tiempo. Entonces, m

"yo, ni ustedes, tendrán que lavar, que "aplanchar ni que hacer la cocina; entón- "ces... ¡adiós bastidor! ¡No mas borda- "dos! ¡No más romperse los pulmones, "bordando cifras para quienes van á ca- "sarse, ó para que las novias, á excusas de "sus padres, obsequien á sus pretendien- "tes! Entonces nos reuniremos... Y... "¡qué de comodidades, qué descanso, qué "dias tan alegres! Nada de inquietarse, na- "da de afligirse, mamá! Ahora no hay que "hacer caso de lo que digan. Y volveré á "Pluviosilla, y entonces daré recepciones y "fiestas, y los que ahora murmuran de "mi se tendrán por dichosos si los invito "alguna vez.

"A Oscar, al pobre Oscar, á quien uste- "des no quieren, pero que es un excelente "chico, mas no para mí ni para mis de- "seos y aspiraciones, que me perdone; que "ya me olvidará y amará á otra.

"Estoy contenta, muy contenta, porque "soy dueño del porvenir. Pero, si he de de- "cir verdad, si he de decirla, en estos mo- "mentos siento que mis ojos se llenan de "lágrimas, al pensar en ustedes, en aquella "casita nuestra, donde hemos pasado tan- "tas dificultades, tantas pobrezas, oculta- "das noblemente; donde hasta miserias y "hambres hemos padecido; sí, se llenan "de lágrimas mis ojos, y siento que se me "anuda la garganta, y que la pluma se me

—¡Mamá!....

—¡Hijo mío!

—Mira, mamá linda: la dignidad nos ordena callar. ¿Fué favor? ¿Sí? Pues recibirle como tal. ¿Fué cálculo? Pues..... ¡darse por no entendidos! Humilla horriblemente la idea de reclamar la plena satisfacción de una merced....

—¡Ni merced ni favor!

—Es cierto... ¿Qué pedimos nosotros? ¡Nada! Pues si nada pedimos, ¿á qué reclamar?... ¡Callemos, y haremos santamente!

—Sí; pero...

—¿Pero qué?

—Pues que....

—¡Pues nada! Hoy, lo mismo que siempre... sin darnos por entendidos de lo que pasa.

—¿Y los encajes?

—Como si fueran.... percales....

—¿Y las niñas? ¿Y tus hermanas?...

—Mis hermanas, mientras yo viva, tienen estos brazos, y estas manos, y esta cabeza.... que... ¡para algo sirve!

—¡Es cierto, hijo mío! ¡Eres muy noblote.... ¡Como tu padre!

—Vea usted, mamá: no pienso... ni he pensado... Sí; lo he pensado... He pensado en casarme... Vea usted que allá en la tierruca, en el terruño, hay unos ojitos, ojazos, que.... lo diré, lo diré... porque

tengo que decirlo... unos ojos, mamita... que parecen dos soles; una carita risueña, en la cual resplandecen en celestial consorcio la pureza, la bondad, la dulzura y la alegría! Pues bien, pues bien, una niña de cuerpo esbelto, muy bien educadita, muy cariñosa con sus padres y con sus hermanos, muy piadosa, (sin gazmoñerías), con un rostro rociado de lunares, y con una alma tan grande y tan tierna... me tiene cautivo... y... por usted, por mi Margot, por mi Elena, hasta por ese tarambana de mi hermanito Ramón, no pienso en casamiento. Y... ¡vea usted!, ¡sería yo tan feliz! ¡Tan feliz!

—¡Gracias, hijo mío!—exclamó, abrazándole la dama.—Estimo en cuanto vale tu abnegación. Nadie mejor que yo sabe cuánto merece esa niña; nadie la quiere más que yo, y no sólo porque te ama, sino porque... es una joyita, una perla... y ¡qué perla!

—Pues... ¡oigame usted, mamá! Oigame: no me casaré jamás... porque todos mis esfuerzos son para usted; todo mi trabajo para ustedes. ¿Qué he hecho locuras? ¡Pocas! ¿Que he malgastado dinero? ¡Poco! Y no se repetirá eso, no se repetirá, se lo aseguro á usted, mamá!

—¡Gracias, Pablo! Tu mamá te lo agradece. ¡Eres digno de tus padres!

El rostro del mancebo resplandeció de

—Usted no conoce á mi tío. ¡Yo, sí! ¡Como que le trato diariamente, en su trono; en su reino, en el reino del comercio, en el cual, como en el juego y en la mesa, se conoce á las personas! Mi tío es de lo más raro! .. ¡Qué carácter tan desigual y caprichoso! El otro día reclamó porque á un empleado le habían dado un duro para pagar un carruaje, y... poco después... ¡diez minutos después! á solicitud de quien un rato antes no le era grato... mandó que le entregaran quinientos pesos... En cambio... duda y recela de mí...

En esos momentos entró Filomena, lle-

vando la correspondencia que el cartero, "el buen amigo, el cartero" acababa de darle: tres cartas, y dos periódicos mal enfajillados: "El Siglo de León XIII" y "El Contemporizador." Dos cartas eran para doña Dolores, y la otra para Margarita.

Distribuyólas Pablo, y mientras leían, la señora y la señorita, desplegó uno de los papeles para enterarse de lo que pasaba en Pluviosilla, aunque bien sabía él cuán pocas noticias locales traían los tales periódicos. De pronto exclamó la joven.

—¡Jesús! Me lo temía yo .. me lo temía yo! ¡Así tenía que pasar! ¡Mamá! Oye... Oyeme tú, Pablo!

El joven dejó el periódico y se dispuso á escuchar.

—Oigan lo que me dice Marta....

Y la blonda señorita leyó:

"Te vas á llenar de asombro al enterarte "de lo que voy á decirte. Tu grande ami- "guita Concha Mijares"....

A la sazón llegó Elena.

Apoyándose en los muebles, iba en busca del sofá. Pablo le dió la mano y la llevó á un asiento que estaba cerca del suyo.

—Sigan leyendo... Sabré qué novedades hay en el terruño....

Margot prosiguió:

"Concha Mijares ha dado la gran cam- "panada... Es el platillo de todas las con-

Margarita volvió los ojos hacia su hermana, y tras una rápida vacilacion, siguió leyendo:

—"Juan Collantes, quien, según dicen, "estuvo aquí pocos días, de paso para Eu- "ropa. Anduvieron en paseos, y alguno "vió á Concha, sola con él, una mañana en "la Sauceda, el mismo día en que la pareja "emprendió el vuelo. Salieron de aquí en "la noche, en tren especial. Arturo Sán- "chez le contó á mi hermano Pepe que "cuando él fué á despedirse de tu primo, "cuyo repentino viaje supo por casualidad "en el Hotel, vió en el vagón á una mujer, "cuyo aspecto no le pareció desconocido, "¡qué desconocido había de serle! y que "no era otra que nuestra amiga...

Un grito de Elena interrumpió la lectura. La pobre ciega se había desmayado....

Entre los tres la llevaron á la pieza inmediata, y la acostaron en la cama de doña Dolores.

Disponíase Pablo á ir en busca de un médico cuando la joven volvió en sí. Al cuidado de ella se quedaron Margot y Filomena.

—¿Pues qué ha sucedido, niña Margarita?—preguntó la fiel servidora.

—Yo te contaré...—contestóle en voz baja la blonda señorita.

ser feliz al lado de Juan?.... Desgracia por desgracia... prefiero la vergüenza de mi deshonra, á vivir á su lado. Juan no me ama, y no volverá... Así lo pienso desde que Filomena me leyó la carta esa que acabas de ver... Y yo... ¡lo adoro!

Oyóse la voz de Alfonso que llegaba.

—¡Silencio, Lena!—No te levantes... Estás delicada... Lenita mía...—agregó acariciándola,—calma, calma, y mucha fe en Dios!

La hermosa señorita enjugó sus ojos. se arregló el cabello, y mirándose en el espejo del tocador, se pasó rápidamente por el rostro la borla de pluma.

—Quietecita, Elena,... y pide á Dios que me ayude!

—¿Qué vas á hacer?

—¡Quietecita!... muy quieta, muy quieta!

Y salió precipitadamente al corredor.

ro á poco volvió á su asiento, se acomodó en él, se mesó el cabello, y abatido, sombrío, sin una palabra que acudiera á sus labios, fijó en el límpido cielo invernal, en el girón cerúleo que desde allí cubría, una mirada de horrorosa desesperación. Margot sollozaba convulsamente.

Después de largo rato de silencio, Alfonso prorrumpió:

—¡Eso no tiene nombre!

—No le tiene....—repuso Margarita, y continuó en tono más sereno:—Ni mamá ni mis hermanos saben nada.... pero tendrán que saberlo.. Hoy lo supe yo...

La joven refirió entonces lo acaecido esa mañana, al tener noticia de la fuga de Concha Mijares, y cómo Filomena, en los últimos días piadosa depositaria de tal secreto, se le había descubierto algunas horas antes.

—¿Qué haremos?—preguntó Alfonso después de escuchar el triste relato.

—¡Eso mismo me pregunto yo, Alfonso!

—La situacion es atroz, Margarita mía!

—Sí que lo es.

—Si Juan estuviera aquí...

—¡Si Juan estuviera aquí,—exclamó Margot en un arranque de cólera,—si Juan estuviera aquí.... Pablo se encargaría de arreglarlo todo!

Alfonso no contestó. La joven siguió diciendo:

canalla se queda y sigue revolcándose en los fangos del fondo. El hombre de valer, el hombre de corazón hidalgo, el hombre bien nacido, el hombre de honor, se levanta y sube, sube, aunque al terminar el ascenso esté moribundo! ¿Tengo razón, ó no la tengo? Respóndeme.

Alfonso contestó que sí, moviendo la cabeza.

—Y ahora, ¿qué nos falta ya? Nada. ¿Desgracias? ¡Hemos tenido tantas! Por algo se llevó Dios á nuestro padre. ¿Pobreza? La tenemos; pero la hemos llevado noblemente, y la sufrimos con alto decoro. Bajamos, no de la opulencia, pero sí de una buena posición, y, entonces, como antes, supimos siempre conservar y seguir mereciendo la estimación y el respeto de todos. Ahora... ¿qué nos queda? El recurso de ir á ocultar nuestra deshonra y nuestra vergüenza en el rincón de una aldea... Y eso será lo único que, tal vez, nos haga dignos de una sombra de respeto, de un sentimiento compasivo. Un retiro olvidado.... será para nosotros la única ambición.

—¿Y si Juan vuelve, y vuelve pronto, y se casa con Elena?

—Entonces.... ¡entonces dirían las gentes que mi hermana soportaba el enredo ese..... el lío.... ¿no dicen así? ¿el lío? El lío con nuestra amiga Conchita

—Quienes se opondrán á esa boda...

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese casamiento sería una locura....

—¡Peor para mi hermano!

—¡Tú puedes pensar así, pero yo no! No quiero ver triplicado el infortunio de Elena. Además... por otros motivos tus padres se opondrán á esa boda.

—¿Por cuáles?

—Mis tíos tolerarán, en último caso,

ciste un mozo que sueña azules sueños.. Te amo y me amas... Pues bien... pediré tu mano, y serás mi esposa!... Esto, en lo cual pienso desde hace muchos días, vendrá á tiempo, y resolverá en parte la tremenda dificultad en que estamos..... Nos casaremos, se casará Juan con Elena, y la tempestad habrá pasado! Mañana pediré tu mano.

—¡Jamás!—exclamó la blonda niña, irguiéndose con dignidad regia.—¡Jamás! Juan ha abierto entre nosotros dos un abismo. Te amo, sí, te amo! No porque eres guapo é inteligente y rico.... ¡Te amaría aunque fueses un mendigo! ¡Te amo porque eres bueno! ¡Te amo, te amaré siempre.... hasta la hora de mi muerte.... y después, más allá, en el cielo! Pero no puedo ser tu esposa. El decoro me lo impide... Me lo veda la dignidad. La vida que te había consagrado tiene ya otro destino. Hace un momento, mientras tu callabas, y yo jugaba con este pañuelo, lo he resuelto.

—¿Un convento?

—¡No he nacido para monja!....

—¿Qué destino es ese?

—¡Ser para ese niño infeliz una madre abnegada y cariñosa!

—¡Por Dios, Margarita! ¿No me amas?

—¡Con toda mi alma, con todas las energías de mi sér!

que yo tolero ó disimulo lo que la sociedad ignora aún, y que tal vez no quede oculto! ¡Guárdeme el cielo de parecer que transijo con ciertas cosas!

—¡Margot!...—murmuró tímidamente Alfonso, rendido á la enérgica resolución de la joven.

—¡Digámonos adiós! Tu presencia en esta casa será mal vista en lo futuro.... y nosotros no podremos evitarlo. Será mal vista.... No por causa tuya, que eres acreedor á la mayor estimación.... ¡Por causa de Juan! Se diría que el interés.... se diría que nuestro rebajamietno moral... ¡En fin, no quiero hablar de eso! ¡Adiós, Alfonso! ¡Sé digno de tu alma nobilísima! Acaso te olvides de esta pobre mujer que tanto te quiere... ¡Se olvida con tanta facilidad en esta vida! Si algún día quieres casarte.... busca para compañera de tu vida una joven que te quiera tanto como yo; que te quiera mucho, porque como te amo yo, nadie te amará! ¡Elige una esposa merecedora de tu amor!

—¡Ten piedad de mí, Margarita!

Entonces la rubia doncella se levantó, asió las manos de su primo, se las estrechó apasionadamente, y le bañó con una inmensa mirada de amor y de ternura. Después, bajos los ojos, el acento trémulo, díjole: —"¡Adiós!"

Lágrimas de fuego cayeron en las manos de Alfonso.

puso:

Al R. P.

P. Anticelli, S. J.

Iglesia de Santa Marta,

Pluviosilla.

—¡Hasta para darlo á puñados al P. Grossi!

Y volviéndose á don Juan, díjole:

—Papá: ¿cree usted que mi hermano ha procedido bien?

—No.

—¿Cree usted que debe volver, y volver pronto, á reparar esa falta?...

—Sí; pero... sí conviene!...

—¡Pues no ha de convenir!

—¡Ya has oído á tu mamá!

—Sí; tengo la creencia de que, desde que llegaron á Méjico, se dijeron: ¡"A

casar á Margarita y á Elena con Alfonso y con Juan!"

—Mamá... ¡Margarita vale mucho!

—No lo dudo....

—¡Es un ángel!

—Que se quiere casar contigo.

—¡Ah! Mamá... ¡si usted supiera!

—Cuéntame eso que quieres que yo sepa.

—Que Margarita con una energía y con una dignidad sublimes... hoy, hace unas cuántas horas, ha rehusado mi mano.

—Procedió cuerdamente... porque ni tu padre ni yo aprobaríamos tal casamiento... ¿no es cierto, Juan?

El banquero alzó los hombros desdeñosamente.

—Sepa usted, mamá, que si Margarita aceptara mi mano, nada me detendría.... ¡nada!

—¡Eres dueño de hacer lo que te plazca...! Pero no contarías con tu padre, ni conmigo.... Ya lo he dicho: no aprobaré jamás enlaces entre parientes!... Tú, Alfonso mío... tienes mejor destino!...

Alfonso volvió los ojos hacia su padre que permanecía inmóvil.

—¡Bien!... No insisto. Margarita rehusa mi mano con motivo de la infamia de Juan... Si éste cumpliera como caballero... acaso Margarita se rendiría á mis súplicas... ¡Papá!—dijo el joven en to-

ra toda la vida...

Entonces habló doña Carmen:

—¡Por María! ¡Por ella me opongo y me opondré siempre á ese casamiento. No quiero que esa niña inocente sepa lo que no debe saber... Nuestra tolerancia importaría un mal ejemplo que mi conciencia me impide dar. Juan.... No permitas que mi hijo regrese.... ¡Qué se quede en Europa! Me es penoso vivir lejos de él.... pero estoy dispuesta á ese sacrificio!

—No volverá,—dijo secamente el banquero.—¡Cómo que para salvarle le hice marchar á Francia!

Quedóse Alfonso atónito: no sé que muy negro, algo muy tenebroso, bajó de su cabeza hasta su corazón, haciéndosele pedazos; algo que lastimaba en aquella alma sensible y delicada los más puros afectos: cierto desprecio por sus padres.

—Te autorizo... para que digas á tu tía... —terminó diciendo el banquero, tras breve pausa,—que lo sé todo; que no soy, como pudiera suponerlo un descastado; que señalo á Elena una pensión vitalicia...

Sintióse Alfonso abochornado, y pensó: "¿Y por qué no señalar otra pensión á Conchita Mijares?" Iba á decirlo, pero el respeto filial le hizo callar humildemente. Levantóse, se despidió, besó en la frente á sus padres, y bajó á su departamento.

que pasaban le causaba impaciencia. A veces era el de un coche de sitio cuyos vidrios retemblaban horrorosamente; otras el solemne, uniforme y sordo de un tren rico, tirado por soberbio tronco, cuyas fuertes, poderosas pisadas, resonaban á compás en la calle solitaria. El reloj de "La Esmeralda" dió las doce... Otros relojes públicos las dieron también. Por fin hubo silencio... que pronto fué turbado por el vocear de un vendedor que pregonaba las últimas castañas... Impaciente y contrariado, detúvose Alfonso en el saloncito, encendió un cigarrillo, y se sentó en el sofá. ¡Cómo le entristeció el suntuoso aspecto de aquella estancia, que iluminada por varios focos, velados por una pantalla de seda parecía de marfil! ¡Cómo se le vino á la memoria la esbelta y prócer figura de Margot, aquella mañana en que vino con Elena á visitar aquel departamento! "Aquí estuvo sentada,—se decía Alfonso, —aquí posó sus plantas encantada del gusto y de la elegante disposición del saloncillo y del gabinete!" Entonces todo sonreía, todo era amable, como el cielo de Niza en una mañana de primavera... ¡Cuán pronto se mudan las cosas! ¡Qué rápidamente se van los buenos y hermosos días, y qué pronto llegan las horas tristes y las tardes nubladas! Pero él... nunca había sufrido tanto, ni se había sentido atormentado por

sura.... ¿Era orgullosa, con ese orgullo que suelen tener los débiles, los pobres y los humildes, y que á las veces raya en terrible insolencia; orgullo que los hace erguirse cuando se sienten heridos ó lastimados por la superioridad social de la riqueza? No. ¿Era una comedianta que por primera vez representaba dramas tirantes y patéticos? No. ¿Sería cierto lo que mi madre piensa;—se decía receloso—que estos amores, los de Margot conmigo, y los de Juan con Elena, obedecen á un calcu-

lado plan? ¡No!... y apartó de sí, enérgicamente, aquella idea satánica, y al apartarla, le pareció ver la dulce y angelical figura de su blonda prima! ¡No! ¡No!...

Y levantóse, arrojó el cigarrilo en una escupidera cercana y volvió á pasearse por las habitaciones, como abrumado por un pensamiento que le oprimía el espíritu y le envenenaba el corazón.

—Mis padres,—pensaba,—no están en lo justo.... ¡Qué idea tienen de la honradez!... ¡Y ese P. Grossi que aconseja cosas tales! ¿Qué le diré yo mañana á Margarita? ¡Eso de confesar que mis padres miran este asunto... como le miran.... es atroz! Y si me dice... ¡no me lo dirá, no, pero tiene que pensarlo!, que mis padres.... valen muy poco.... ¿qué haré yo? ¡No! ¡Jamás!... Escribiré.

Fuese al gabinete, y escribió esta carta:

"Margarita:

"No me esperes, porque no iré. Me fal-
"ta valor para ello, y bien sabes cómo y
"cuánto te amo. Respeto tu resolución; pe-
"ro en mí no muere la esperanza. Me
"amas, lo sé; me amas, y yo he puesto á
"tus plantas mi vida y mi alma. Día lle-
"gará en que, pasadas estas borrascas que
"así azotan mi dicha y entenebrecen mis
"sueños más hermosos, más puros y más
"nobles, serena tu alma y resignado tu co-
"razón, vuelvas á aceptar un afecto que

cia. Yo he sido el primero en desaprobar este ofrecimiento!"

Al pie trazó una rúbrica.

Luego dobló la carta, plieguito á plieguito, la metió en un sobre, le pegó, púsole el sobrescrito, y tiró la pluma.

Falto de sueño, se tendió en el sofá, y allí, luchando inútilmente, sin lograr unos cuantos minutos de reposo, revolviéndose á cada rato sobre los cojines, ansiando que amaneciera, pasó largas horas de insomnio penosísimo. Sintió frío, se levantó en busca de abrigo, trajo una manta zamorana, se envolvió en ella, y se acurrucó en una poltrona.

Rayaba la aurora. La campana de la Profesa llamaba á misa, y á misa llamaban las cien iglesias de la populosa ciudad, que, despierta ya, dejaba oir, desperezándose, sus mil ruidos y voces matinales: paso de coches, clamor de tranvías, el rodar pesado y torpe de las carretas trajinantes, silbidos de locomtoras...

—¡Ya es de día!—exclamó Alfonso, pensando que no había oído el toque de alba, tan solemne y majestuoso, en la soberbia catedral. Dejó la poltrona, y abrió el balcón, por el cual entraron en la estancia, oleadas de aire fresco, y las claridades purpúreas de un espléndido crepúsculo. En ese instante se apagó la luz eléctrica. La bujía de la mesa de noche flameaba mortecina.

cintas, y una medicina; otra del P. Anticelli, para Margot.

Tomó ésta su carta, y se fué al jardincito. Allí, cerca de una tapia, bajo las enredaderas polvorosas, sentada en el banco rústico, se impuso la joven de la letra del jesuíta.

"Apresúrome, conforme á tus deseos, á "contestar tu carta. ¡Sea todo por Dios, "hijita mía! Te compadezco con toda mi "alma, y te he encomendado vivamente al "Sagrado Corazón de Jesús," que es fuente

"inexhausta de fortaleza y de consuelo.
"Dios, en sus altos designios, acaso en su
"infinita y misteriosa misericordia, prueba
"así á sus elegidos, y depura y acrisola las
"almas al fuego del dolor.. Sepamos dar-
"nos cuenta de que no se mueve la hoja
"del árbol sin la divina voluntad."

"Todo esto que me cuentas me lo temía
"yo, y recuerda las insinuaciones que yo
"hice á Dolores el día que vinieron uste-
"des á decirme adiós. No sólo insinuacio-
"nes, sino recomendaciones también. En
"alguna de mis cartas volví á tratar del
"asunto.

"A tu consulta debo contestar: que el
"caso es gravísimo, y que Elena es quien
"debe resolverle atenta á las circunstan-
"cias, y de acuerdo con los preceptos divi-
"nos. Ella, ella, es quien debe decidir. Cier-
"tamente que la felicidad de ese matrimo-
"nio no es probable. Oigan humildemente
"la opinión de Dolores, y después deci-
"dan, pero sin vacilaciones ni debilidades,
"con brío y fortaleza de buenos católicos.
"Es cosa imposible, así me lo parece (y
"tú palparás las dificultades) ocultar á Do-
"lores tamaña desgracia. Opino que, con
"prudencia y tino, cosas que á tí no te fal-
"tan, debes enterarla de todo. Cuida de que
"Pablo, que es algo belicoso, no haga ton-
"terías.

"Pon el asunto en manos de Nuestro Se-

una señal de asentimiento, y ambos tomaron el camino de su casa....

Los esperaban para desayunarse. Ramoncillo, listo para irse á la Ermita había dejado encima de una silla el libro y el sombrero; doña Dolores, sentada á la mesa, charlaba con el chico risueña y afable; Elena permanecía en su alcoba. Había pretextado tener sueño.

—¡Déjenla dormir! ¡Pobrecilla!—dijo la madre.

El desayuno fué triste. Nadie hablaba. Margarita procuraba animar á todos, pero le era imposible tejer conversación. Pablo á duras penas pasaba bocado.

Cuando doña Dolores acabó de desayunarse, Pablo consultó su muestra, y dirigiéndose á su hermano, díjole, dando un castañetazo:

—Te quedan tres minutos para tomar el tranvía!... ¡Largo! ¡A la escuela!

El mocito se levantó, respetuoso como siempre á las órdenes de su hermano, se despidió de Margarita y de Pablo, besó á doña Dolores en la frente, y se fué.

—Mamá:—dijo Pablo, en tono zalamero y acariciador—vamos á la sala. Margarita y yo tenemos que decirte unas cositas....

Y acariciando á la dama, llevóla por el corredor. Desde allí gritó con acento afectuoso:

-Margot... ¡te esperamos!
-¡Voy allá!—respondió la blonda seño-

-Filomena—dijo ésta á la criada, en to-
urgente.—¡Llegó el momento temido!
e al lado de Lena... No te separes
llí, y no la dejes ir á la sala!

—¡Perdónenme el atrevimiento!.. ¡Dispénseme usted, niño Pablo! Si preguntan de quién es el niño!... Pues... digan que es de usted... y mío!

Jalapa, noviembre de 1902.

FIN.

FE DE ERRATAS.

Pag.	Linea	Dice	Debe decir
7	12	Pluviosilla.	Pluviosilla,
11	3	diario.....	diaria
15	17	Cervantes.. ...	Collantes....
46	2	crugieron..... ..	crujieron
46	3	crugieron.....	crujieron
48	4 y 5	zacari-na..... ...	sacari-na
61	11	México	Méjico
62	25	cronotrópica.....	cromotrópica
72	21	prinicipios.	principios
82	25	sí señor.....	siseñor
88	32	como el aro-	como aro-
112	22	nostalgía....	nostalgia
120	32	los.....	lo
126	20	traducía.....	traducían
162	28 y 29	au-rrea	au-rea
193	20	jardincito.....	jardinito
194	23	era	eran
199	4	México	Méjico
204	12	recaudo.....	recado
209	4	"correccto.....	"correcto"
225	2	si toda.	sí, toda
226	3	confíaselos.....	Confíaselos
236	3 y 4	regadi-sas.....	regadi-zas
237	31	magestuoso	majestuoso
239		*Suprímase la línea 13.*	

472	2	sou- (nient.....	sou· (vient
494	2 y 3	in-mundana. ...	in-munda
502	5	México	Méjico
50?	21	blancas.....	anchas
507	1	mivelado...	mivelada
507	1	nuves.	nubes
516	8	militar.....	miliar
516	24	México	Méjico
53?	8	especial.....	especial
536	30	areglo.....	arreglo.
539	30	perdido	pedido.
541	6 y 7	champagne..... .	Champagne
547	24	tórrida.	túrrida
554	25	quita.....	gusta

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
555	16	esasa.	esas
563	1	hacer	hacerlo.....
563	24	sesto	sexto
880	5	trataba	trabada
580	7	hablo..... ...	habló
580	27	Contemporizador.	Contemporizedor''
580	28	castízo:	castizo.
585	12	Y	Yo
586	23	Citlalpetl	Citlaltépetl
587	8	México	Méjico
587	10	señora;.....	señora,
590	16	Pablo;.....	Pablo,
591	8	y mientras leían..	y, mientras leían
592	33	—¡Historias.	¡Historias
603	19	muy quieta.....	¡Muy quieta
606	18	No comprendo, ..	No comprendo
607	22	¡Es tan triste; ..	¡Es tan triste,
610	8	—Margarita..	Margarita
611	5	desde alli.....	desde allí se des-
612	6	jaya....	joya....
612	8	occd-	océa–
613	2	del iondo	del fondo.
616	11	cazisbajo	cabizbajo
623	4	tú, y tu..... ..	tú y tu
626	31	No volverá, ...	No volverá.
632	3	faeton	faetón
633	5	cigarrilo	cigarrillo
634	11	Para estas luchas;	Para estas lucha,
638	23 y 24	jardin-cito	jardinito
643	4	eterna; como .. .	eterna. Como
643	9	refugiarse.....	á refugiarse
643		*La línea 11 debe ser 10; la 12, 11 y la 10 la 12.*	
644	26	mira, ...	misa
645	8	hermanos, ...	hermos
646	4	Ermita.	Escuela
646	21	escuela	Escuela!

En la pág. 106 (Cap. XV) las líneas 10, 11 y 12 están invertidas. Los lectores sabrán seguirlas en el orden debido.

Acabóse de imprimir este libro el
Enero de 1903,
en la Imprenta del Sr. Lic. D. Victori
situada en la Cerca de Santo D
número 4.